

DOROTEO DE GAZA, EL PAPA FRANCISCO Y LA ORACIÓN “DE UNOS POR OTROS” (ST 5,16)

Fernando Rivas, OSB¹

1. Presentación

Desde su ascunción como Papa, ya en las primeras palabras que pronunció sobre la Iglesia y los fieles presentes en la Plaza San Pedro, Francisco pidió la “oración de unos por otros” y con ello introdujo la bendición que impartió recién después de que hubiesen rezado por él, cosa que dejó desconcertados a muchos. Primero pidió que los fieles recen al Señor por él, para que él pueda bendecir, es decir, orar por nosotros y realizar su tarea de pastor.

En las siguientes líneas vamos a hacer una breve reflexión sobre el sentido teológico-espiritual de este gesto y pedido –que recen por él–, pero lo haremos a la luz de la espiritualidad de los monjes de Gaza, que fueron quienes más insistieron y elaboraron el significado de este pedido del *Apóstol Santiago* (St 5,16). Esta elección no es caprichosa. En el “*Reglamento para los novicios*”, redactado por san Ignacio de Loyola en Roma, pide expresamente que lean los escritos de Doroteo de Gaza. Y los efectos de ese consejo, en la Compañía de Jesús, se hicieron notar claramente². Sin embargo el primer jesuita discípulo de Doroteo es el mismo Ignacio con su doctrina y práctica del discernimiento en los ejercicios espirituales. En efecto, Doroteo fue el Padre de la Iglesia que más insistió y sistematizó el “examen de conciencia” como ejercicio espiritual³. Por

1 Abad emérito de la Abadía de San Benito, Luján, Argentina.

2 Cfr. REGNAULT, L., *Monachisme oriental et spiritualité ignatienne. L'influence de saint Dorothee sur la Compagnie de Jésus*, en *Revue d'Ascétique et de mystique* (= RAM) 1957, 141-149.

3 HADOT, P., *Exercices spirituels et philosophie antique*, Paris 1987. El autor actualiza lo que ya había señalado P. Rabbow acerca del fundamento patristico de los ejercicios de san Ignacio. Sin embargo nos parece que evalúa de forma muy negativa las innovaciones que introduce san Ignacio.

eso creemos legítima esta presentación del pedido del Papa a la luz de la doctrina de estos monjes.

2. La oración de un hermano por el otro

En la oración es donde se manifiesta la verdadera Fe de la que está viviendo un cristiano. Ella es su reflejo, más allá de que la oración es toda una vida y un itinerario que se va recorriendo, un diálogo con Dios que va madurando y creciendo. En ella se hacen manifiestos los sentimientos más arraigados en el interior de cada alma. Y, en este sentido los monjes del siglo VI, representados por Barsanufio y Doroteo, trabajan con una intuición evangélica que les es espontánea, pero que difiere de la de otros grandes maestros de la oración. Vamos a verlo en un relato que hace Doroteo al terminar su *Conferencia 1*:

«Algo similar le sucedió a un hermano cuyo *abba* lo había enviado a la ciudad por unos encargos que debía realizar con su proveedor. Al verse incitado al mal por la hija de este, solo dijo: “Oh Dios, por las oraciones de mi padre ¡líbrame!”. Inmediatamente se encontró en la ruta que llevaba a Escete, volviendo a lo de su padre. Ese es el poder de la virtud, ese es el poder de una palabra. ¡Qué seguridad otorga recurrir a las oraciones de su padre espiritual! Porque el hermano dijo: “¡Oh Dios, líbrame por las oraciones de mi padre!” y enseguida se encontró en el camino de regreso. Consideren la humildad y la prudencia de los dos. Estaban en un apuro y el anciano quiso enviarlo al que le hacía sus comisiones. No le dijo: “Ve”, sino: “¿Quieres ir?”. De la misma manera el hermano no le respondió: “Voy”, sino: “Haré lo que tú quieras”. Rechazaba dos cosas: las ocasiones de una caída y la desobediencia a su padre. Más tarde, al hacerse más apremiante la necesidad, el anciano le dijo: “Ve, ponte en camino”, y no le dijo: “Confío en que mi Dios te protegerá”, sino: “Confío en que serás protegido por las oraciones de mi padre”. Igualmente en el momento de la tentación el hermano no dijo: “Dios mío ¡sálvame!”, sino: “Oh Dios, por las oraciones de mi padre ¡sálvame!”. Cada uno puso su esperanza en las oraciones de su padre» (*Conferencia 1,23*)⁴.

4 Tomamos los textos de Doroteo y Dositeo de: *San Doroteo de Gaza, Conferencias*, Buenos Aires, ECUAM 1990.

En este episodio se muestra de modo muy claro cómo la oración y la confianza de los monjes está puesta en que es otro quien está mediando, orando por él. De otro modo todo el camino de la obediencia se vaciaría de sentido. No se trata de un tema de disciplina ni de mayor capacidad o inteligencia, se trata de una Fe totalmente fundada en el misterio de la Encarnación. El cristiano pone toda su confianza en la redención que viene de Cristo, y de su oración por sus discípulos (*Jn 17*). Y esa confianza se extiende, por la sacramentalidad de la Iglesia, a todos aquellos que el Señor va colocando en el camino de la vida. Y este misterio abarca la oración de los obispos por sus ovejas, de cada uno de los esposos por el otro, de los hijos por sus padres y de los padres por sus hijos, etc... Como dice el Papa Francisco: del Papa por la Iglesia y de la Iglesia por el Papa, tal como se da en la Plegaria Eucarística⁵.

Y decimos que este es un rasgo particular de la Fe y la oración de este grupo monástico de Gaza porque, antes que ellos Casiano (420), muy conocedor de la tradición monástica oriental, en su *Colación 10* sobre la oración, aconseja a los monjes de occidente repetir a cada momento y ante cada situación que se le presenta este versículo del *Salmo 69*: “*Dios mío ven en mi auxilio, Señor, date prisa en socorrerme*”. Cada uno reza por su salvación y se dirige directamente a Dios. Pero los monjes de Gaza prefieren esta otra disposición en la oración: “*Señor, por las oraciones de mi anciano, ¡sálvame!*”.

Detrás de ello está el pedido de la *Carta de Santiago*: “*Confiesen, pues, mutuamente sus pecados y recen los unos por los otros, para que sean curados*” (*St 5,16*). Esta disposición del alma es tan radical que este pedido del apóstol pasa a ser el texto bíblico más citado en las 850 *Cartas* que se han conservado de Barsanufio y Juan. Cuando estos monjes de Gaza pedían a otro: “reza por mí”, no lo decía en el sentido de: «reza para que tenga fuerzas para realizar “yo” las obras». No, ellos lo decían porque sabían que la oración y las obras que salvan son las del hermano por mí, la de Cristo por mí.

Esta oración de unos por otros, que constituye el entramado de los “*mementos*” de la Misa, donde todos los miembros del Cuerpo de Cristo interceden por los otros, tendrá su momento crucial en el Día del Juicio. Una carta de Barsanufio dice así:

5 El santo Padre hace una síntesis de toda esta enseñanza, que parte del pedido del Apóstol Santiago, en la Audiencia del Miércoles 1-5-2013, y lleva por título: *Es necesario que recemos unos por los otros*.

«El mismo hermano Andrés, en posesión de un don tan grande, pide para él y sus compañeros una mediación:

Respuesta:

Servidor del Señor Altísimo, Andrés, conservador de mi bajeza, paz a ti y a nuestros otros consiervos de parte de Dios Padre y de nuestro Señor Jesucristo. Te hago saber que antes mismo de recibir tu pedido, yo te había presentado a la santa, adorable, consustancial y vivificante Trinidad, sin principio, en una presentación que es resguardo contra todo mal. Pero no quiero que ignores esto: que habrá otra presentación más temible, más definitiva y terrible, más deseable y amable, más honorable y gloriosa. ¿Cuál es? Escucha. Cuando se vea cubierto de vergüenza el enemigo del bien, nuestro adversario, al escuchar la bienaventurada y vivificante voz de nuestro Salvador que nos dirá estas palabras llenas de gozo, de alegría y exultación, y brillando de un inefable resplandor: *“Venid, benditos de mi Padre, recibid en herencia el Reino que os ha sido preparado desde la fundación del mundo”* (Mt 25,34); entonces se hará la gran presentación: *“cuando el reino será entregado a Dios Padre”* (1 Co 15,24). Es esta y no habrá otra. Escucha cómo sucederá: **Cada uno de los santos, llevando ante Dios a los hijos que ha salvado, dirá con voz sonora, con plena y total confianza, ante la mirada estupefacta de los ángeles santos y de todos los poderes celestiales: “Aquí estoy yo y los hijos que Dios me ha dado”** (Is 8,18; Hb 2,13). Y no solo los entregará a ellos a Dios, sino también a sí mismo, y entonces *Dios será todo en todos* (1 Co 15,28). Reza para que podamos llegar allí. Bendito el que espera y llega. Reza por mí, mi bien amado (*Carta 117*)».

Esta oración tan atrevida, donde cada santo –incluyendo al Santo, Cristo (Hb 2,13)– pedirá al Padre ser recibido con todos los suyos, es la base de la confianza plena en esta vida para confiarse a la oración de los otros. No hay mayor felicidad para un santo que estar con los suyos, y no será defraudado.

3. La “Ley de Cristo” (Ga 6,2)

Todo lo dicho cobra su consistencia cristológica cuando se lo asocia a un pedido que hace el Apóstol san Pablo y que es muy querido por Doroteo. Dice así:

“Ayúdense a llevar (*bastazein*) mutuamente sus cargas (*báros*) y así cumplirán la ley de Cristo” (Ga 6,2).

Esta expresión de san Pablo es muy extraña. Él fue tan fuerte opositor a la “Ley” y sus obras, con las cuales esperaba salvarse, que buscó hasta encontrar esa nueva ley inaugurada por Cristo: cada uno lleva la carga del otro. Eso hizo Cristo por él y por todos.

Doroteo aprendió esta lección cuando le fue encomendado el cuidado del joven Dositeo, recién llegado a las puertas del monasterio. El relato dice así:

«Como el abad (Séridos) había encargado al bienaventurado Doroteo para que hablara con él, él lo examinó cuidadosamente. El joven no decía más que: “Quiero salvarme”. Volvió, pues, y dijo al abad (Séridos). “Si quieres recibirlo, no temas. No hay nada malo en él”. El abad le dijo: “Hazme la caridad de tomarlo contigo, para que se salve, porque no quiero que esté junto con los hermanos”. Doroteo se excusó largamente y dijo: “Recibir esta carga (*báros*) supera mi condición: supera mi medida”. El abad replicó: “Yo llevo (*bastazo*) tu carga (*báros*) y la de él, ¿por qué te afliges?”. Entonces dijo Doroteo: “Puesto que lo quieres tanto, consulta al Anciano (Barsanufio)”. Y le respondió: “Está bien, le hablaré”. Fue a decirlo al Gran Anciano (Barsanufio) y éste manifestó la revelación siguiente acerca de Dositeo: “Acéptalo, por ti lo salvará el Señor”» (*Vida de Dositeo*, 4).

Una respuesta tan contundente produce, en quien la oye (Doroteo), un giro de ciento ochenta grados en su fe: cada uno, por distintos caminos, debe salir de su autorreferencialidad para todo, incluso para la salvación. La salvación viene del otro, de Cristo, y de aquellos que, en el Cuerpo de Cristo están entre él y él mismo, desde el padre espiritual, el obispo, un hijo, el superior, un amigo. Y, por otra parte, de mí viene la salvación para los otros, tal como dijo el Señor: *Padre, por ellos me santifico* (Jn 17, 19). Y esto fue lo primero que enseñó Doroteo al joven novicio que, ya en su lecho de muerte (tuberculosis) mantenía este diálogo con su padre espiritual:

«Cuando cayó enfermo, Doroteo le dijo: “Dositeo, a la oración, mira de no perderla” Le respondió: “Sí, señor, ruega por mí”. Otra vez, cuando estaba un poco más afligido por el mal, le preguntó: “¿Cómo va la oración? ¿Está todavía?” –“Sí, señor” –contestó–, “gracias a tus

plegarias”. Cuando estuvo aún más enfermo –su debilidad llegó a tanto, que tenían que llevarlo sobre una sábana–, le preguntó: “¿Cómo va la oración, Dositeo?” “Perdóname, señor” –respondió– “pero ya no tengo fuerzas para mantenerla”. Le dijo entonces: “Deja pues la oración, conserva solamente el recuerdo de Dios y piensa que está ante ti”» (*Vida de Dositeo*, 10).

Este sentido tan fuerte de que “mi” salvación viene de otro (una constante en las *Cartas* de san Pablo) que carga con mis faltas, está muy presente en la teología de estos monjes de Gaza. En efecto, en el vocabulario teológico-litúrgico de hoy, para el sacramento de la confesión, como prolongación del Misterio Eucarístico, ellos dicen que el sacerdote “carga” con la confesión del otro, con sus pecados. En cambio en occidente se habla de “oír” –*audiendas*– confesiones. De este modo el peso redentor no viene de haber oído dos horas de confesiones, sino de cargar ahora con la propia vida la obra de redención de esos pecados que se han “oído”. El término patrístico griego es, hasta el día de hoy: “*anadéjomai*” que, en su única formulación reflexiva significa: “cargar sobre sí”. Y normalmente está asociado a “las cargas”. El Padre espiritual recibe sobre sí la carga del otro. Y esa carga significa, nada más y nada menos, la responsabilidad de la salvación del otro, pero también del discípulo, que ora por su padre.

Veamos otro texto de Doroteo:

«Otras veces (el Anciano me decía):

“Que Dios guarde por siempre la caridad; huye de todo lo que es del hombre y serás salvo”. Y finalmente: “*Que Dios guarde por siempre la caridad. Llevad las cargas unos de otros y así cumpliréis la ley de Cristo*” (*Ga 6,2*).

Cada día el Anciano me daba una de esas cuatro sentencias como quien da un viático, al retirarme por la tarde. Y yo las consideraba igualmente, como si fueran para la salvación de toda mi vida.

Sucedió que un hermano me persiguió insultándome desde la enfermería hasta la capilla. Yo, que iba delante de él, no dije una sola palabra. Cuando el abad se enteró (no sé por medio de quién) quiso castigarlo. Entonces yo me postre a sus pies suplicándole: “No, por el Señor. Fue mi culpa. ¿En qué fue culpable ese hermano?”

Otro hermano, ya sea para probarme o por necesidad, Dios lo sabe... venía todos los días a sacudir su colcha delante de la puerta de mi celda.

Yo veía cómo las chinches se metían en el cuarto sin poder matarlas por la cantidad que había a causa del calor. Al irme a acostar se me venían todas encima. Me dormía a causa de mi cansancio extremo, pero por la mañana encontraba mi cuerpo todo picado. Sin embargo nunca dije a esos hermanos: “¡No hagan eso!”, o “¿Por qué hacen eso?” Mi conciencia me atestigua que nunca dije una palabra que pudiera herir o afligir a alguien.

Aprendan también ustedes “a llevar las cargas los unos de los otros” (Ga 6,2). Aprendan a respetarse mutuamente. Y si uno llega a oír una palabra desagradable de un hermano, o si le toca cargar con algo contra su gusto, no se descorazone ni se irrite enseguida. No reaccionen en el combate o frente a una ocasión provechosa con un corazón relajado, descuidado, sin fuerzas e incapaz de soportar el menor golpe, como si fuesen un melón al que la más pequeña piedra puede dañar y pudrir. Tengan un corazón firme, tengan paciencia y hagan que su mutua caridad supere todas las contrariedades» (*Conferencia 4, 56-57*).

La Ley de Cristo es que cada uno carga con la redención del otro, ora por él y, en su redención alcanza la suya propia.

La acusación de sí mismo

Pero es aquí donde aparece otra virtud totalmente asociada al cargar el pecado del otro y, que en realidad es otra forma de decir lo mismo. Se trata de la “acusación de sí mismo”, al que dedican largos textos... y ejemplos. El Papa Francisco le ha dedicado a esta doctrina, enseñada por Doroteo principalmente en su *Conferencia 6*, dos obras, una escrita antes del pontificado, y otra después⁶. Veamos un ejemplo tomado de la *Conferencia 7* de Doroteo:

6 En rigor se trata de la misma obra: *La acusación de sí mismo*, Buenos Aires 2005, que es un comentario a la *Conferencia* de Doroteo sobre la “Acusación de sí mismo”, con un anexo de una selección de textos de Doroteo traducidos por el Cardenal Bergoglio. En rigor Bergoglio también hace uso de la *Conferencia 2* de Doroteo sobre la humildad. En el año 2013 es publicada en italiano con un cambio en el título (*Umiltà, la strada verso Dio*, Bologna), y una conclusión elaborada por Enzo Bianchi, prior de la comunidad monástica de Bose, también sobre esa *Conferencia* de Doroteo tal como es interpretada por el Cardenal Bergoglio.

«Dos hermanos enojados entre sí vinieron un día a buscarme. El mayor decía del más joven: “Cuando le doy una orden se molesta y yo también, porque pienso que si tuviera confianza y caridad por mí, recibiría con gusto lo que le digo”. Y el más joven decía a su vez: “Que Su Reverencia me perdone, pero sin duda él no me habla con temor de Dios sino con la voluntad de mandonearme, y es por esto, pienso, por lo que mi corazón no confía, según la palabra de los Padres”.

Observen, hermanos: ambos se acusaban recíprocamente sin que ni el uno ni el otro se acusara a sí mismo. Más aún, otros dos que estaban irritados mutuamente se pedían disculpas, pero persistían en la desconfianza mutua. El primero decía: “No es con sinceridad como ha pedido disculpas; por eso no he confiado en él, según la palabra de los Padres”. Y el otro añadía: “No tenía hacia mí ninguna disposición de caridad antes de que le presentara mis excusas, así que yo tampoco he sentido confianza hacia él”.

¡Qué ilusión, señores! ¿Ven ustedes la perversión de espíritu? Dios sabe cómo me espanta el ver que ponemos las palabras de los Padres al servicio de nuestra mala voluntad y para perdición de nuestras almas. Era preciso que cada uno echase la culpa sobre sí.

Uno de ellos debió decir: “No fue con sinceridad como he pedido disculpas a mi hermano. Por eso Dios no ha puesto confianza en él”. Y el otro: “Yo no tenía ninguna disposición de caridad a su respecto antes de su disculpa. Por eso Dios no ha puesto confianza en él”.

Pero me dirán: si un hermano me atormenta y examinándome constato que no le he dado motivo alguno, ¿cómo podré acusarme a mí mismo? De hecho si alguien se examina con temor de Dios, percibirá ciertamente que ha dado pretexto, ya sea por una actitud, una palabra o un acto. Y si ve que en nada de esto ha dado pretexto en el caso presente, es seguramente porque ha atormentado a ese hermano en otra ocasión, en un caso semejante o diferente, o bien que ha atormentado a otro hermano y es por esto, o muchas veces por un pecado diferente, por lo que merecía el sufrimiento.

Así como lo he dicho, si nos examinamos con temor de Dios y escrutamos cuidadosamente nuestra conciencia, nos encontraremos de todas formas responsables» (*Conferencia 7,85*).

Aquí tenemos otra cara de la Ley de Cristo: acusarse a sí mismo termina siendo el equivalente teológico (o su fundamento) de cargar la carga del otro sobre

sí mismo. Fue lo que no pudieron hacer los primeros padres, Adán y Eva:

«¡Oh, hermanos míos, qué no ha hecho el orgullo! y ¡qué poder posee la humildad! ¿Había necesidad de tantas idas y venidas? Si desde el principio el hombre hubiese sido humilde y obedecido a los mandamientos, no hubiese caído. Y después de su falta Dios le volvió a dar una ocasión para arrepentirse y así alcanzar misericordia. Pero el hombre mantuvo la cabeza erguida. En efecto, Dios se acercó para decirle: *¿Dónde estás, Adán? (Gn 3,9)*, es decir: ¿de qué gloria has caído?, ¿en qué miseria? Y después le preguntó: ¿Por qué has pecado? ¿Por qué has desobedecido?, buscando con ello que el hombre le dijera: ¡Perdóname! Pero, ¿dónde está ese perdóname? No hubo ni humillación ni arrepentimiento, sino todo lo contrario. El hombre le respondió: *La mujer que Tú me has dado me engañó (Gn 3,12)*. No dijo: mi mujer, sino: *la mujer que Tú me has dado*, como si dijera: “La carga que Tú me has puesto sobre mi cabeza”. Así es, hermanos: cuando el hombre no acostumbra a echarse la culpa a sí mismo, no teme ni siquiera acusar al mismo Dios. Entonces Dios se dirigió a la mujer y le dijo: “¿Por qué no has guardado lo que te había mandado?”, como queriendo decirle: “Al menos tú di: Perdóname, y así tu alma se humille y alcance misericordia”. Pero tampoco recibió el “perdóname”. La mujer por su parte le respondió: *La serpiente me ha engañado (Gn 3,13)*, como queriendo decir: “Si él ha pecado ¿por qué voy a ser yo la culpable?” ¡Qué hacen, desdichados! ¡Al menos pidan disculpas! Reconozcan su pecado. ¡Tengan compasión de su desnudez! Pero ninguno de los dos se quiso acusar, y ni uno ni otro mostró el menor signo de humildad» (*Conferencia 1,9*).

Es muy interesante ver cómo Doroteo insiste en que el castigo por el pecado no vino sino después de que cada uno acusó al otro. Esa falta fue más grave que la primera. Ninguno asumió sobre sí la carga del pecado ajeno (¡propio!). De haber resonado esa palabra (“perdón”), de haber cargado uno con la carga del otro, la historia de la salvación hubiese cambiado totalmente... Y esa fue la disposición de Cristo que asumió nuestros pecados, como si fuesen propios. Es más, según san Lucas, mientras era clavado en la Cruz pedía perdón por sus verdugos “*porque no saben lo que hacen*” (*Lc 23,34*).

Conclusión

La oración de unos por los otros es mucho más que un simple pedido de ayuda externa. Es el reconocimiento de la ley de Cristo (cfr. *Ga* 6,2), es decir, que la salvación propia viene de Cristo, del otro. Se trata de una confianza basada en el descubrimiento de que somos miembros de un Cuerpo, el de Cristo. Es volcar en Él toda la carga de nuestra redención, tal como lo hizo en la Cruz.

Cuando el Papa Francisco insiste en que se rece por él, siguiendo este pedido del Apóstol Santiago que fue tan resaltado por los monjes de Gaza del siglo VI, está activando el disparador inverso: que cada uno descubra que en la salvación del otro está la mía, y por eso esa oración por el otro es, a la luz del Cuerpo Místico de Cristo, la oración más grande que podemos hacer por nosotros mismos (cfr. Doroteo, *Conferencia* 14,157).

Abadía de san Benito
C.C. 202 – B6700WAC Luján
ARGENTINA